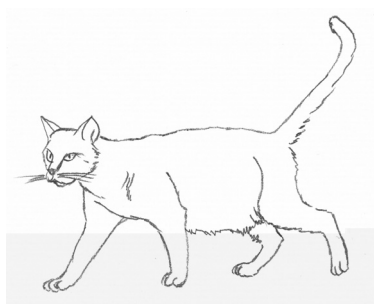


VIENTO DE PROA

Diario de un adolescente



Esteban Greciet

Título: Viento de proa
Autor: Esteban Greciet ©
Portada e ilustraciones: Jorge A. P. Hevia
Edición: HiFer Editor
Impresión: HiFer Artes Gráficas - www.hifer.com

ISBN: 978-84-942262-2-9
Dep. Legal: AS - 3974 - 2013



www.elsastredeloslibros.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

“Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza
ni a sujetar tu valor

(Canción del Pirata. Espronceda)

I La galerna
(Enero-Marzo 1949)

Enero 7

La primera vez que vi a mi madre llorar supe que se acababa el mundo. Un mundo que terminaba apenas comenzado para mí. Fue en tiempo de guerra. Mi pobre padre estaba “de cuerpo presente”, que quería decir muerto de lo más. Allí nos lo trajeron, al refugio, vestido de soldado y tieso como un bacalao, dentro de un ataúd hecho con tablas de cajón porque no los había de los de verdad.

Y para colmo, de nuestra casa quedaba solamente un montón de cascotes. Así que estábamos algo así como a la intemperie, viviendo de prestado, y yo, con cuatro años y un trocito del siguiente, me había convertido en el hombre de la familia -lo que en aquel entonces tenía su importancia- porque los demás se habían ido al otro mundo y mi hermano Blas aún pataleaba dentro de la barrigota de mamá.

Hasta aquella batalla final en la que todo se vino abajo, que fue cuando supe lo del fin de este mundo, los niños desconocíamos que había otros modos de vivir en los que no era necesario pelear, y por eso lo que angustiaba a los mayores no solía tener para nosotros tantísima importancia. Nos divertía incluso un bombardeo en plena noche, cuando sonaban las sirenas porque se aproximaban aviones enemigos y todos corríamos al sótano precipitándonos escaleras abajo.

Allí, entre rezos y lamentos de la gente y el ruido sordo de la batalla al fondo, los chiquillos jugábamos y reíamos imaginando aventuras fantásticas a la luz de unas velas de llamas temblorosas que proyectaban grandes sombras bailarinas sobre las paredes.

A mi padre lo había matado “una bala perdida” mientras caminaba por una calle de la ciudad sitiada para incorporarse a la trinchera. Una muerte sin gloria porque, de ocurrir trescientos metros más allá, es seguro que hubiera sido heroica y le habrían concedido una medalla, además de algún dinero para aliviar la situación de la familia que, según me enteré después, empezaba a ser angustiosa.

Siempre me dio que pensar lo de la bala perdida. ¿Qué quiere decir eso? ¿Por qué estaba perdida? ¿Es que zigzagaba por las calles en busca de alguien a quien suprimir? ¿Qué clase de puntería tenían nuestros enemigos? ¿No habría que prohibir las balas perdidas?...

Antes de cerrar la tapa del ataúd, me hicieron dar un beso al cadáver. Estaba raro, tenía la cara fría y dura, del color de la cera, los ojos entreabiertos y una agria expresión de indiferencia. Además, le habían puesto un pañuelo atado en la cabeza para sujetar la mandíbula, como si tuviera dolor de muelas. Parecía otro, y llegué a pensar que lo era, que lo habían falsificado y mi verdadero padre estaba prisionero de los malos y que algún día volvería a casa. Luego metieron la caja en un camión, amontonada junto con las de otros cadáveres del día, y se los llevaron al cementerio para enterrarlos todos juntos, porque entonces no había un sitio para cada muerto.

Mi madre secó sus lágrimas, me pasó la mano por el pelo, trató de sonreírme y ya no lloró más durante muchos años. Como se nos había ido un mundo, supongo que tenía que hacer otro sin pérdida de tiempo. Y lo hizo, sí señor.

Acabó la guerra, apareció el trasto de mi hermano Blas, mi madre y sus hermanas empezaron a ganarse la vida, con-

siguieron una casa y los niños fuimos al colegio. Hace de todo esto muchos años, o a mí me lo parece, pero es como si hubiera ocurrido hace muy poco pues aún condiciona toda nuestra vida. Yo no deseo que se olvide, y por eso lo anoto al abrir este diario.

Y aquí seguimos, después de unas Navidades frías en el exterior y problemáticas en la familia; porque yo, a pesar de mi fama de chico responsable y empollón, he empezado a fallar en mis estudios y mi comportamiento en casa deja mucho que desear, según los criterios de las personas mayores que no se dan cuenta de que ya no soy un niño. La verdad es que no quiero ser bueno, vaya, sino ser yo mismo, a mi modo.

Estreno así este diario, regalo de Reyes de mi tía Violeta, en el que escribiré lo que me pase para contármelo a mí mismo cuando sea mayor, muy mayor, tal vez de treinta o de cuarenta años. Incluso, si es que llego, de cincuenta. Para entonces, seguro que habré olvidado los 16 que ahora tengo, pero que quiero guardar en la memoria. Los años, gracias a Dios, ¡tardan tanto en pasar!

Anotaré en este diario azul los momentos que valga la pena recordar, del colegio, de la calle, de "El Bergantín", los problemas en casa, las correrías de la Panda de los Cuatro, con Toño, con Sátur, con Marcos, los tonteos con las chicas, todas las cosas que pensamos hacer... ¡Yo qué sé!. Serán como una especie de cartas a un señor que, aunque lleva mi nombre, no conozco porque no está aquí, y que seré yo mismo o lo que de mí quede.

El profesor de Física nos explicaba el mes pasado los principios de una cosa que se llama la relatividad, inventada

por un sabio alemán de pelo blanco y que, además de tocar el violín, relaciona el espacio con el tiempo. Pienso que si se escribe una carta en un lugar para recibirla en otro, ¿por qué no se va a poder enviar en una fecha para que sea recibida por uno mismo mucho después?...

Heredia, el de Geografía, nos habló un día de los vientos alisios que empujaban los veleros hacia América a través del Atlántico. Yo siento que navego sobre un mar de promesas, llevado en volandas por las ganas que tengo de correr aventuras.

Es verdad que el año pasado hice un poco el gamberro, tuve tres suspensos, conflictos en casa, peleas fuera de ella y muchos cambios de humor. Pero aún tengo toda una vida por delante. Si no fuera por mis molestias en el pecho, me sentiría del todo feliz. Desde octubre, me fatigo y siento un fuerte dolor al respirar. Lo he callado hasta ahora, pero el dolor aumenta y tengo que decírselo a mamá. No hay otro remedio.

Enero 8

No sabía yo que un dolor como éste podía tener tanta importancia. Mi madre se la ha dado, y tía Sara, y también tía Blanca. La abuela está convencida de que todo pasaría con una cataplasma de mostaza o un parche de sor Virginia. Total, que mamá ha llamado a la consulta de un médico especialista “del pulmón” que nos ha dado cita para el jueves. El lunes me sacarán sangre para un análisis. Tiemblo sólo de pensarlo.

El coro de plañideras que me rodea y me oprime había llegado por unanimidad a la conclusión de que estoy en muy mala edad. Pues no sé por qué. A mí me parece una edad perfecta.

Hace tiempo que dejé de creer en los Reyes Magos. Pero al principio lo disimulaba. Lo más gracioso fue que mamá todavía creía que yo lo creía. Aunque la verdad es que yo llegué a creer que ella creía que yo estaba creyendo que ella no lo creía pero fingía creerlo... No sé si me he liado.

¿Quién sabe qué otras mentiras me habrán dicho y las habré aceptado?

Siento que desde hace algún tiempo las relaciones con los míos, y en particular con mamá, han empeorado. Hay cierta tirantez entre nosotros. No me gustan los mimos, ¡como si yo fuera un bebé! Eludo sus caricias y arrumacos siempre que puedo, no digamos los besos, que en la familia abundan: al salir de casa, al entrar en ella, al ir a la cama, al levantarse... ¡Por favor! Por eso huyo a la calle en cuanto puedo.

¡Mala edad! También la abuela le dijo un día a tía Violeta que sus sofocaciones se producen porque a los 50 años está en muy mala edad. Todas las edades son buenas o malas según se mire.

Enero 10

Un bárbaro sujeto me ha sacado sangre, en el laboratorio de análisis clínicos, con una serie de estocadas en busca de una vena fugitiva. Lo que me causó un mareo terrible, como

una borrachera, que se han empeñado en llamar lipotimia o cosa parecida. Fue la misma dramática experiencia que padecí con la inyección contra el tifus y la vacuna de la viruela. Me devolvieron la consciencia con unos cuantos tortazos tumbado en una camilla. No me gustan nada estas humillaciones.

Enero 13

Estoy enfermo, maldita sea. El médico me ha metido en la cama por una temporada, ¡Precisamente ahora que tenía tanto entre manos! Es verdad que los dolores en el pecho no me dejaban respirar. Estoy hundido, naufragado. ¿Qué voy a hacer?... Pero más que nunca quiero dejar escrito mi calvario para recordarlo cuando sea mayor, mejor dicho, más mayor todavía, si es que sobrevivo a todo esto, que no va a ser fácil. ¿Será verdad que todos los días morimos un poco, que dice el párroco que dijo un tal Séneca?

¿Por qué yo? ¿Por qué a mí?... Me parece que estoy enfadado con Dios por la faena que me ha hecho, de modo que he retirado el recordatorio de mi primera comunión, tan lejana ya, que me servía de marcador en "El espejo del mar", el libro que estoy leyendo, y lo he sustituido por el recorte de un anuncio de la marca Janzen que muestra una chica lanzándose al agua en traje de baño.

Además, he vuelto de cara a la pared el crucifijo que hay sobre mi cama (donde ya me han metido por la tremenda), pero mi madre lo ha descubierto y le ha echado la culpa a Mercedes, la asistenta, que se ha quedado muy desconcerta-

da, la pobre, aceptando una culpa que no tiene. Yo me he callado, lo confieso, aunque con algún escrúpulo.

No sé qué hacer. Ya tengo bastante con los reproches que me hacen por lo mal que dicen me he portado en el pasado curso, y ahora tendría que recibir aún más por lo del crucifijo, de lo que me arrepentiré más adelante, cuando haya pasado la tormenta. Hasta puede que me decida a pedir perdón a Mercedes.

Y es que ella me quiere y haría cualquier cosa por mí, estoy seguro. Además, es bastante despistada, y lo sabe; nadie dudaría de que pudo haberlo hecho porque otros desaguados mucho mayores ha perpetrado, como romper el jarrón japonés de la abuelita. Por eso sé que ella aceptaría sin reparos hacerme este favor. La tomo por la palabra y se lo agradezco mucho por anticipado. Algún día se enterará... Bueno, seguramente.

Siento una horrible desgana, un vacío que no sé cómo llenar. Me repele la comida, estoy irascible, he llorado bajo las sábanas porque soy un sentimental vergonzante. Pero aún no he anotado cómo ha sido el desconsolador episodio que acaba de dar a mi vida un giro inesperado.

En la sala de espera del doctor Nicomedes Tobal, especialista "de pulmones y corazón", había unas catorce personas sentadas sin decir más que unas palabras de vez en cuando, como en un susurro, igual que si estuvieran en misa. Algunas leían revistas atrasadas, "Fotos", "El Hogar y la Moda", "Blanco y Negro"...

Uno de los pacientes tosía sin parar y poco después una enfermera lo llamaba para el neumotórax, que es como un

gas que dicen que les inyectan a los tísicos. Mi madre estaba inquieta por las toses, pues dicen que facilitan el contagio.

Don Nico nos hizo una larga serie de preguntas, me miró por rayos X y soltó por lo bajo un juramento ante lo que descubrió en el piso inferior de los tres que, al parecer, tiene mi pulmón derecho. Tomó unas placas, consultó las pruebas que había pedido al laboratorio y torció el gesto ante los resultados. Mi madre se mordía el labio inferior de pura angustia y a mí se me doblaban las piernas.

Así pues, tengo una altísima velocidad de sedimentación, que viene a ser el tiempo que tardan en aposentarse ciertos elementos que la sangre lleva en suspensión, como la nieve artificial del pisapapeles tan hortera que mis padres parece que trajeron de su viaje de novios al Monasterio de Piedra.

Con estos datos y un interrogatorio policíaco, el doctor Tobal me ha comunicado con solemnidad que está inflamada la pleura, una doble membrana que recubre el pulmón, y lo oprime si, como es mi caso, se llena de líquido, causando mala ventilación, dolor, fatiga y una incipiente opresión en el corazón.

Ese líquido ha de ser reabsorbido y, si no, extraído mediante una punción. Sólo de pensarlo, me daban mareos. De manera que la sentencia es una "pleuritis serofibrinosa", y como apellido nada menos que "gran cavidad pleural derecha de no descartable naturaleza tuberculosa". Una catástrofe.

Mi madre se ha alarmado mucho por las últimas palabras, y yo también, pero don Nicomedes nos aclara que ese origen no quiere decir que el temible bacilo de Koch se haya

enseñoreado necesariamente de mis alvéolos respiratorios. Un bichito que viene a ser como una especie de gamba microscópica cuyo mayor afán, en compañía de millones de sus congéneres, es el de comerse poco a poco los pulmones de la gente.

En principio, entiende que mi enfermedad no está en fase contagiosa, eso creí entender, por lo que no parece necesario el remedio que ha inventado un doctor de Inglaterra, que mencionó mi madre, y que es un musgo carnívoro que, a su vez, se merienda la gamba. Una extraña medicina, difícil de encontrar, que no venden los boticarios, como sería natural, sino los camareros de los bares y a precio de oro. Parece que hasta han hecho una película sobre este caso.

Según el médico, hemos dejado que la enfermedad avanzara demasiado y por eso hubiera sido muy deseable una cosa que se llama "diagnóstico precoz", que consiste en que te digan enseguida lo que tienes para poner remedio cuanto antes. Yo siempre había creído que precoz era Jaimito, el de los chistes, y gente por el estilo.

Todo fue muy desagradable, la verdad. Don Nico es un vejete autoritario, ¡de lo menos 50 años!, que me ha hecho mil perrerías, golpeándome el pecho, tan dolorido como está, haciéndome toser y decir treinta y tres varias veces seguidas (a la tercera, le dije "noventa y nueve" para tomarle el pelo), después de meterme por la boca una especie de calzador hasta la misma campanilla, lo que me produjo unas arcadas incontenibles, y de aprisionarme el pecho sin compasión entre la pantalla y el aparato de los rayos equis.

La sentencia consiste en tres meses de reposo en habitación bien ventilada, inyecciones de calcio durante una tem-

porada, alimentación especial, ¡muchas verduras!, que odio, y varias gotas de una especie de aceite de zanahoria. Además, he de poner el termómetro dos veces al día y anotar los resultados en un gráfico de papel cuadriculado como el que usamos en clase para las coordenadas y el juego de los submarinos.

De modo que no podré ir al “cole” durante el tratamiento, a lo que no he puesto reparo, y he de estudiar algo para no perder la costumbre ni el curso, pero sin cansar. Mucha tranquilidad y volver a consulta a fin de marzo. Mamá preguntó por la posible causa de la enfermedad.

-Pudo ser una infección, algún exceso, tabaco, alcohol, frío, esfuerzos inadecuados... La adolescencia propicia esta clase de pleuritis. Los primeros síntomas tuvieron que aparecer hace algún tiempo.

Mi madre se dirigió a mí:

-¿Cuándo empezaste a sentir dolor?

Mentí:

-Antes de ayer.

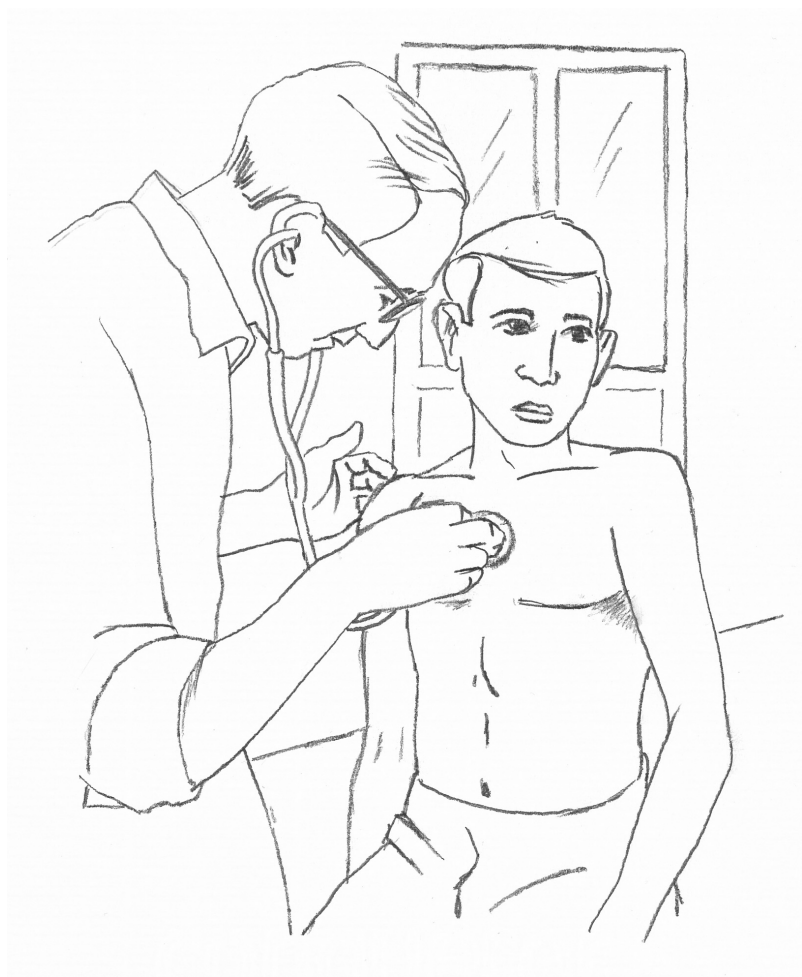
-Eso no es posible -afirmó Tobal.

-¡Dime la verdad! -me exigió mamá.

-¡De qué vale eso ahora! -dije-. Yo no me siento culpable.

-¿Qué le parece? -lamentó mi madre, dirigiéndose al médico para acusarme- Sacó el curso anterior en septiembre y por pelos, después de haber sido siempre el primero de la clase con todo sobresalientes, y en lo que llevamos de éste sólo recibí quejas de la dirección por indisciplina, suspensos y faltas de asistencia. ¡Este niño ha cambiado...!

La cortó el doctor:



-Señora, yo no le he pedido que me cuente el expediente académico de su hijo.

-Lo sé, doctor, pero es para que usted conozca la causa de la causa.

-Estoy informado de que todo eso constituye la causa del mal causado. Y el mal está hecho. Déjelo usted, ya sabemos lo suficiente.

Luego se dirigió a mí en un irritante tono protector:

-Joven, he de advertirte que tu mal no es una broma. Un poco más y te hubiera afectado al corazón. Te conviene tomarlo en serio. Si es así, no te quedará más que el recuerdo, aunque también una gran cicatriz interna. Y prepárate a engordar.

-¿Cómo cuánto? -me atreví a preguntar.

-Entre ocho y diez kilos -dijo el médico, después de un cálculo mental.

Sentí tanta rabia que me dieron ganas de hacerle un corte de manga y escapar de aquella sala de tortura. Está claro que el médico intenta meterme miedo poniéndose de parte de mi madre y exagerando las consecuencias.

Bajamos de la consulta en un ascensor del año de la polca, lentísimo, tembloroso y acristalado, mientras yo, que no sabía si reír o llorar, descargaba la tensión con burlas sobre el doctor Tobal:

-¡Nicomedes, ni "bebedes"; Nicomedes, ni "bebedes", a gamberro no me puedes!

Mi madre me riñe, con ese carácter suyo tan cambiante. Aunque sé que le queda la mala conciencia de haber sido conmigo demasiado blanda. Le he dicho que no piense que

me voy a meter en la cama para pasarme tres meses mirando al techo.

-¡Harás lo que yo te diga! -me gritó en el portal ante el asombro del portero.

Volvimos en taxi, entre mis protestas y las duras advertencias de mi madre. ¿Qué habrá pensado el taxista? Llegamos a casa y encontramos al resto de la familia ansiosa, a la espera de noticias. No quise hablar con nadie y me refugié en el salón mientras me preparaban la “celda”, pues he de cambiarme a la alcoba grande de la parte de atrás y, de paso, dejar a Blas en mi antiguo cuarto que da a la plaza, menos apropiada para el reposo por el bullicio, los ruidos y el polvo de la calle.

No me gusta llorar, pero lo hice en silencio mientras ponía el pijama, que es como el traje de presidiario que entregan a los delincuentes al entrar en la cárcel. Esta cama y este cuarto serán como mi prisión durante tres meses. Me compadezco. ¿Lo resistiré?

Enero 14

Viernes. Día de dolor, gris y plomizo. Nubes bajas, todo lo que va de semana. Una llovizna horrible y persistente me acompaña en este comienzo del reposo. Duermo mal, lloro y maldigo mi mala suerte, mientras siento una mezcla de amargor que me oprime el pecho y de vacío en el alma, como si me hubieran robado todas mis ilusiones. No sé qué hacer ni qué decir, y escribo estas notas para ver si me alivian.

Hace un rato, mi madre abrió la puerta para darme un recado:

-Andrés, llama Toño por teléfono para saber de ti, pero ya le dicho que no puedes ponerte al aparato porque no te conviene. Pregunta que si quieres algún encargo para cuando venga a verte.

-¡Dile que no quiero nada de nadie! Y mejor que no venga.

-No digas estupideces, Andrés. Le diré que venga cuando quiera y, si puede, que te traiga un tebeo.

-¿Un tebeo?... ¡Por favor! Eso para Blas, que todavía es un chiquillo. ¡Yo no soy un niño, como le dijiste al doctor! Para que lo sepas.

-¡Ah!, y también ha dicho Toño -continuó, como si no hubiera oído todo lo anterior- que si quieres que venga con los cromos de futbolistas para cambiar.

-¿Cromitos a estas alturas?... Dile que no tengo ninguno "repe", que la colección se la he regalado a Blas y que los suyos se los meta donde le quepan.

Pero mamá ya se había ido antes de escuchar mi último mensaje, menos mal, y estaba dándole al recado a Toño.

Yo que me creía un chico fuerte y ahora resulta que soy una calamidad.

¡Tan bien como me iba últimamente! Nunca lo había pasado mejor que el año anterior después de que yo hubiera conseguido formar "La Cuadrilla de los Cuatro". En realidad, seríamos seis si Maribel y Mary Chari, "la Negra", se integran definitivamente en el grupo, que parece que sí. Todo marchaba viento en popa. Pero ahora el viento viene de proa.

No olvido aquellos días en el real de la feria, cuando las verbenas: las bromas que les gastábamos a las chicas enrollándolas en las cadenas, dándoles topetazos en los coches de choque y tirándoles petardos y culebrillas a los pies.

¿Qué van a hacer ahora sin mí los de la panda? ¿Seguirán adelante o se disolverán?... Juntos, en la calle, habíamos jugado de pequeños al pío campo, a la una pica la mula y a justicias y ladrones, como antes lo habíamos hecho al matarile, al corro, al escondite, al cascajo y a las campanas de San Miguel.

Últimamente, desde que empezó a salirnos una pelusilla parda por el bigote, las cosas habían cambiado, las chicas se volvieron distantes, y nosotros las veíamos de otra manera. No sé. Pero recuperamos una cierta amistad cuando propusimos lo de la cuadrilla y, sobre todo, cuando descubrimos "El Bergantín", un cabaret abandonado en la calle del Brigadier para el que teníamos tantos proyectos...

"El Bergantín", medio destruido por la guerra en un callejón solitario de culo de saco, aún conserva los restos de un piano en el escenario. Allí está nuestro local social desde hace unos meses, donde nos reunimos a jugar a las cartas, a cantar y reír, y alguna vez a fumar esos horribles pitillos de manzanilla que vende Valentina, la del quiosco, a real el paquete de ocho, que nos hacen toser y lagrimear, y nos obligan después a hacer gárgaras en la fuente durante un cuarto de hora para que no nos huela la boca al llegar a casa. ¡Qué trabajo cuesta hacerse un hombre! Los mayores fuman tabaco de verdad y como si nada.

Ahora, todo se ha venido abajo y yo me moriré de pena, o de celos, si es que todos ellos siguen adelante y no cuen-

tan conmigo. Y encima, la enfermedad. Creo que sí, que me voy a morir, y no me importa. Será una liberación. Si alguien lee esto algún día, quiero que lo sepa.

Enero 17

Esta mañana ha salido el sol. Y he pensado en lo que escribí ayer. Creo que me volveré atrás. No deseo morirme todavía. A ver qué pasa con mi pleuresía. Estoy desconcertado. Me baila en la cabeza ese odioso diagnóstico: gran cavidad pleural, gran cavidad pleural, gran cavidad pleural... He soñado con esa gran cavidad tenebrosa por la que una horrible pesadilla me hizo descender esta noche como, según doña Luisa, la “profe” de Literatura, bajaba don Quijote en la cueva de Montesinos.

Mi madre y todos los de casa me atosigan con sus cuidados como si yo hubiera vuelto a ser pequeño y me recuperaran. No puedo ver sus mimos ni en pintura. He pensado si mis santas mujeres no padecerán una especie de complejo de Edipo al revés.

De momento, adiós a mis estudios, adiós a Sátor, Marcos y los otros, adiós a Maribel, a Mary Chari y sus amigas, a “El Bergantín” y a los juegos por el Espolón. ¡Era todo tan divertido y tan prometedor!... Es como si un personaje que llamaríamos destino, celoso de mi felicidad recién agarrada, me hubiera dado un manotazo para tirarla al suelo.

Ha llamado tía Violeta para interesarse por mí. También, Marcos, Saturnino, Toño y otros de la panda y varios de la

clase. Quedaron en traerme los apuntes. Servirán de poco porque no pienso estudiar.

¿De qué vale estudiar si no asistiré a las clases y voy a estar aquí panza arriba hasta final de curso? Esta vez perderé el curso entero, no como el año pasado en el que hice novillos, estudié muy poco y suspendí tres en junio, pero lo pasé muy bien y aprobé en septiembre, aunque fuera por misericordia. Mi madre estaba muy decepcionada conmigo, y tía Blanca achacó mis suspensos a que 1948 fue año bisiesto.

Me han visitado Agustín y Darío, que prometieron traerme los apuntes. No se lo creo. Además, ya digo, ¿para qué? Al marcharse, quedó la puerta entreabierta y he oído decir a Darío por lo bajo en el pasillo:

-¡Tres meses de cama! Yo no lo aguantaría.

-¿Tú crees que se va a morir? -preguntó el Gusti.

Salté de la cama y arrimé la oreja a la puerta para no perderme la respuesta. Darío dudó un instante:

-Pues... no sé qué decir. Pero mala cara tiene.

Abrí la puerta y salí al pasillo para gritarles:

-¡Sois unos mierdas! ¡No me pienso morir, para que lo sepáis!

Y decidido a demostrar mi buena forma, me golpeé el pecho con los puños cerrados mientras lanzaba el grito de Tarzán, momento en el que apareció mi abuela Cova, echándose las manos a la cabeza:

-¡Este chico se ha vuelto loco! ¡Descalzo y en pijama, dando alaridos por el pasillo! ¡Como sigas así te mueres de verdad! Menos mal que tu madre ha salido. ¡A la cama enseñada!...

Mis amigos desaparecieron al instante.

Enero 18

Sigo con fiebre. Décimas, dice mamá, que al parecer son más temibles que los grados enteros, vaya por Dios. Por la mañana, suelo tener entre dos y cinco por encima de los 37 grados; a las siete de la tarde sube muchísimo la temperatura, hasta 38 algún día. El gráfico tiene algo de divertido y mucho de alarmante pues forma como una especie de cordillera del Himalaya por encima de la línea roja.

El pulmón derecho me duele al respirar, sobre todo a ratos, por lo que procuro hacerlo como con un jadeo de perro. Mariano, el practicante, me inyecta el calcio alternando las nalgas cada día que ya se están poniendo como los acericos de alfileres que usa mi madre.

-Y eso no es nada -me dice con crueldad- porque al final se te quedarán negras y con callo.

Luego sonrío y trata de animarme porque, según él, en dos o tres semanas, tal vez cuatro, ya no tendré calentura ni dolor. Se le nota que miente.

Con esta perspectiva, estoy pensando en la fuga. Tiene razón Darío. Sí, me iré de casa, al menos una temporada, y me cuidaré yo solo. Podía ser a la cabaña del bosque de Montiellos que sirvió de cocina al campamento el último verano. Trabajaré esta idea y pediré la ayuda de Sátor y los otros cuando vengan a verme. Si es que vienen.

Mamá me ha inquietado al insinuar que mi pleuritis puede ser una treta divina para librarme del mal y quién sabe si, de paso, para darme una azotaina por mi comportamiento de los últimos meses y los suspensos de junio. ¿Será posi-

ble que Dios se ocupe de semejantes minucias? No me lo puedo creer.

No niego que el curso anterior, además de cinco aprobados rapados en junio, y algunos por misericordia, he suspendido Matemáticas y Griego, en las que he rozado el cero absoluto, muy merecidamente, pero también Alemán, lo que me parece injusto.

Tío Julio, marido de tía Violeta, me ha visitado y añadió más leña al fuego sacando a relucir los fallos en clase, que estuvieron a punto de hacerme perder el curso pasado y mi comportamiento en el primer trimestre del actual:

-¡Mira que no recordar el año de la batalla de las Navas de Tolosa! ¡Tanto como tu madre hace por ti!

No sé lo que me dolió más, si lo de las Navas o lo de mi madre:

-¡Qué tendrá que ver una cosa con otra!

-Eres muy joven y te falta equilibrio emocional, pero este revés te ayudará a madurar.

-Ni lo pienses, tío. La madurez es la víspera de la corrupción.

-Muy ingenioso. Seguro que es de Oscar Wilde.

No fui capaz de convencerle de que la ocurrencia era mía. Se despidió con un beso, una sonrisa y el inevitable consejo:

-Ni se te ocurra compadecerte de ti mismo.

Nadie me quiere. Mi amargura no tiene límites.

Enero 19

Galerna otra vez, por cualquier lado que se le mire. El cielo encapotado amenazaba tormenta esta mañana, como un presagio del desagradable encuentro que tuve con mi madre a medio día. Cuando llegó con la bandeja de la comida me encontró de cara a la pared:

-No quiero comer -le dije.

-Vamos, déjate de tonterías y siéntate en la cama.

No me moví ni contesté. Tras unos minutos, me advirtió por lo bajo en tono más severo:

-Que estés de mal humor no te autoriza a dejar de comer. Y menos, a faltarme al respeto. Siéntate inmediatamente.

Odio que me den órdenes, pero algo dentro de mí, la costumbre tal vez, me impulsó a obedecer, con lentitud y de mala gana. Sin mirar a la cara, tomé la bandeja y ella se fue:

-Avísame cuando acabes -dijo con aspereza.

Rechacé el puré, corté un poquito de carne y, de postre, sólo tomé la mitad de una enorme naranja de "Guasintón", como dice Blas.

Toqué el timbre y apareció mamá:

-¿Te parece bonito? -protestó después de echar una mirada a la bandeja-. Tienes que alimentarte, lo dijo el doctor Tobal. Así no te pondrás bien nunca.

Entonces fue cuando me dio una especie de ataque de histeria:

-¡Me importa un pito! - grité- ¡Todo es una porquería! ¡Lo que quiero es morirme y acabar de una vez! ! ¡Y el doctor Tobal que se vaya al carajo!

-¡Virgen del Remedio, qué lenguaje! -gritó mi madre horrorizada- ¡Este hijo mío me va a llevar a la tumba!

Renuncio a describir los pormenores del suceso. Todas las mujeres de la casa, una a una, aparecieron por el cuarto y asistieron atónitas a una discusión disparatada, lo reconozco, entre mi madre y yo. Ella me echaba en cara mi comportamiento del curso pasado, las faltas a clase, los cigarrillos clandestinos, las escapadas al relente de la noche con la disculpa de ir a estudiar a casa de Marcos, el callejeo constante, la panda de amigos no todos recomendables, según ella. Un repertorio de maldades.

Todo esto me ha sublevado y le he echado la culpa de mi enfermedad por no haber evitado mi comportamiento, al parecer inconveniente.

-¡Lo que me faltaba por oír! -exclamó.

Un drama. Ahora que todo ha pasado, pienso que tal vez he sido un poco injusto y que tendría que pedir perdón, pero no sé cómo se hace eso. No me sale. Lo pensaré. Al anochechar vino a verme Blas:

-Oye tú, Andi -me llama así-, ¿es verdad que te vas a suicidar?

-Venga, no seas majadero y déjame en paz que no estoy para bromas.

Hizo como que iba hacia la puerta y se volvió imitando la voz ronca de un malo de película:

-¡Yo que tú no lo haría, forastero!

Le tiré a la cabeza el libro de matemáticas de Baratech, que aún no he abierto todavía, pero él lo sorteó y dijo:

-No me lo inventé yo, oye, que lo dicen las chicas del taller de mamá. Y Glorita se ha echado a llorar.